

EL CAMINO DEL PODER ESPIRITUAL

A. W. Tozer

Digitalizado por Shibolet

CAPITULO I

La Imposibilidad del Reavivamiento sin Reforma

Dondequiera que hoy se reúnan cristianos, se oye constantemente el vocablo reavivamiento, o despertamiento.

En los sermones, cánticos y oraciones estamos recordando al Señor y a nuestro prójimo que, para que resolvamos nuestros problemas espirituales, necesitamos de un “poderoso reavivamiento, de esos de los tiempos antiguos”. También circulares y periódicos religiosos tratan bastante de ese tópico, afirmando que el reavivamiento es la mayor necesidad de la hora que pasa; y la persona que es capaz de escribir un ensayo sobre el asunto ciertamente encontrará muchos editores dispuestos a publicarlo.

Tan fuertemente está el soplar de la brisa pro-reavivamiento que muy raro parece que alguien tenga el discernimiento o el coraje de resistir a ese viento, mucho aunque la verdad pueda fácilmente estar en aquella dirección. La religión tiene sus modismos u ondas, como suele acontecer a la filosofía, a la política y a las modas femeninas. Las mayores religiones del mundo tuvieron sus periodos de declive y de recuperación, y tales recuperaciones o períodos áureos son indebidamente llamados por los historiadores de reavivamientos o reflorecimientos.

No nos olvidemos que en algunos países el islamismo en el presente está pasando por un reavivamiento, y de que los últimos informes venidos de Japón nos dan cuenta de que, después del breve eclipse que vino con la segunda guerra, el sintoísmo esta experimenta del notable reflorecimiento. Aún el catolicismo romano, así como el protestantismo liberal están avanzando con tal impetuosidad que la palabra reavivamiento se hace casi necesaria para describir el fenómeno. Y eso sin cualquier perceptible elevación de los patrones morales de sus fervorosos partidarios.

Una religión, incluso el cristianismo popular, puede gozar de un rápido desarrollo todo divorciado del transformador poder de Espíritu Santo, y así dejar la iglesia de la generación siguiente en peor condición que la anterior, jamás ocurriera tal desenvolvimiento. Creo que la imperativa necesidad del momento no es sólo de reavivamiento, sino de una reforma radical que alcance la raíz de nuestros males morales y espirituales y que trate más de las causas que de las consecuencias, más del mal que de los síntomas.

Mi sincera opinión es esta: en las actuales circunstancias no estamos deseando de todo un reavivamiento. Un vasto reavivamiento, del tipo del cristianismo de que hoy tenemos conocimiento en América del Norte, puede bien probar ser una tragedia moral de la cual no nos recuperaremos dentro de cien años.

Y doy mis razones. En la generación pasada, reaccionándose contra la alta crítica y su consecuencia, el modernismo, surgió en el protestantismo poderoso movimiento de defensa del histórico Credo Cristiano. Tal corriente, por motivos obvios, se hizo conocida por el nombre de fundamentalismo. Era más o menos uno movimiento espontáneo sin mucha organización, pero su propósito, dondequiera que apareciera, era el mismo: prohibir o contener “la fuerte marea del negativismo” en la Teología Cristiana y reafirmar y defender las doctrinas básicas del cristianismo del Nuevo Testamento. Esta parte es de la historia.

VÍCTIMA DE SUS VIRTUDES

En general se olvida que ese fundamentalismo, a medida que se esparció por varios grupos denominacionales e interdenominacionales, se cayó, víctima de sus propias virtudes. La Palabra murió en las manos de sus amigos. La inspiración verbal, por ejemplo (doctrina que siempre sostuve y aún hoy defiendo), inmediatamente fue alcanzada por el rigor mortis. Silenció la voz del profeta y el escriba y cautivó las mentes de los fieles. En vastas áreas de la imaginación religiosa. Una jerarquía nada oficial era quien decidía sobre aquello que los cristianos debían creer. Así el Credo Cristiano se hizo no en las Escrituras Sagradas, sino aquello que el escriba creía que las Escrituras decían. Y colegios, seminarios, institutos bíblicos, congresos bíblicos, y populares expositores de la Biblia se reunieron para hacer avanzar el culto del textualismo. De ahí, un sistema de extremo dispensacionalismo, que entonces se industrializó, desobligó al cristiano del arrepentimiento, de la obediencia y de la cruz tomando eso como formalidades. Tomaron de la Iglesia tramos enteros del Nuevo Testamento y los dispusieron de acuerdo con un rígido sistema de distribución “de la Palabra de la verdad”.

El resultado de eso todo fue una religión mentalmente enemiga del verdadero Credo Cristiano. Descendió sobre el fundamentalismo una especie de niebla helada. Por debajo, el terreno era conocido. Se trataba del cristianismo correcto del Nuevo Testamento. Las doctrinas de la Biblia estaban presentes, pero el clima no era favorable a los dulces frutos del Espíritu. Todo aquel procedimiento era diferente de lo de la Iglesia Primitiva y de lo de las grandes almas que padecieron y cantaron y adoraron los siglos pasados. Las doctrinas eran sanas, pero estaba ausente algo vital. Nunca se permitió que floreciera el árbol de la doctrina correcta. Raramente se oía en la tierra el arruinar de la paloma; al contrario, el loro repitió artificial y maquinalmente repitió lo que le habían enseñado, y eso en un tono emocional bien melancólico. Así la fe, o una doctrina poderosa y vitalizante, se hizo en la boca del escriba bien diferente, y sin poder. Entonces, triunfando la letra, el Espíritu desertó y el textualismo pasó a reinar, como supremo. Fue el tiempo del cautiverio babilónico del creyente.

Por amor a la exactitud, débese decir que eso fue apenas una condición o estado general. Es correcto que aún en esos tiempos precarios hubo algunos, de ardientes corazones, revelaron ser mejores teólogos de lo que sus propios maestros. Y ellos apuntaban hacia una plenitud y un poder desconocido del resto de ellos, El número de estos, sin embargo, era pequeño, y mayores las desproporciones. Así, no consiguieron eliminar la niebla que paraba sobre el terreno. El error o deleite del textualismo no es de naturaleza doctrinaria. Es más sutil que esto y muy difícil de ser descubierto o percibido; pero sus efectos son tan mortíferos en cuanto a los desvíos doctrinales. Se quedan de este lado no sus postulados teológicos, sino sus admisiones o afirmativas.

Él admite, por ejemplo, que si entiendo la palabra para una cosa, tenemos la esa cosa. Si está en la Biblia, está en nosotros. Si tenemos la doctrina, tenemos la experiencia. Dicen: si esto o aquello era cierto al respecto del Apóstol Pablo, necesariamente es cierto también a nuestro respecto, porque aceptamos que las Cartas de él son inspiradas por Dios. La Biblia nos dice como nos podemos salvar, pero el textualismo va más lejos, haciéndola decir que estamos salvos, algo que por la verdadera naturaleza de las cosas no se puede hacer. La certeza de la salvación individual así no pasa de mera conclusión lógica quitada de premisas doctrinarias y nada más es que el resultado de una experiencia enteramente mental.

REVUELTA RESULTANTE DE LA TIRANÍA MENTAL

De ahí vino la revuelta. La mente humana puede soportar el textualismo hasta cierto punto, porque después comienza a buscar una válvula de escape. Así, y sin tener conciencia de que se procesa una revuelta, las masas del fundamentalismo se vuelven, no contra las enseñanzas de la Biblia, sino contra la tiranía mental de los escribas. Con la misma angustia de aquellos que están a

punto de perecer ahogados, procuran venir, en búsqueda de aire, y batallaron ciegamente por mayor libertad de pensamiento y por la satisfacción emocional, exigidas por sus naturalezas y negadas por sus maestros.

El resultado cosechado en estos últimos veinte años fue este: una perversión religiosa que apenas se equipara a aquella en que Israel pasó a adorar el becerro de oro. En verdad se puede decir que nosotros, cristianos bíblicos, *“nos sentamos a comer y a beber, y nos levantamos a jugar”*. Casi desapareció totalmente la línea divisoria entre la Iglesia y el mundo. A parte otros pecados más graves, vemos que los desvíos del mundo no regenerado reciben ahora la sanción y aprobación de un chocante número de cristianos que dicen haber nacido de nuevo; y tales pecados pasan a ser copiados con extrema ansiedad. Jóvenes cristianos toman por modelo las modas escandalosamente mundanas, y recogen asemejarse lo más posible a las personas de conducta dudosa, o declaradamente irreligiosas. Líderes religiosos adoptaron las técnicas de los propagandistas, y las exageraciones, las condenables vanaglorias surgen en los sectores eclesiásticos como procedimiento normal. Se siente que el clima normal no es del Nuevo Testamento, y sí de Broadway y de Hollywood.

La mayor parte de los evangélicos ya no se inicia, pero imita, y el mundo es el modelo de ellos. Aquella ardiente y santa creencia de nuestros padres en muchos sectores se hizo como un pasatiempo, y lo que más entristece es ver que todo ese mal viene de encima hasta las masas. Esa voz de protesta que se inauguró con El Nuevo Testamento y que siempre se hizo oír en alto y buen sonido en los tiempos en que la Iglesia tenía poder, fue abandonada y silenciada con notable éxito. Aquel elemento radicalista por su testimonio y vida que hizo de los cristianos individuos odiados por el mundo, ya no se ve en el evangelismo de los días que vivimos. Los cristianos se distinguieron como verdaderos revolucionarios morales, pero no políticos y hoy hemos perdido ese carácter revolucionario. Vemos que hoy no peligra más el ser cristiano, ni es cosa costosa serlo. La Gracia ya no es más libre, y sí barata. Nos preocupamos hoy como probar al mundo, y a los mundanos, que podemos todos gozar los beneficios del Evangelio sin la menor inconveniencia a su habitual contenido de vida. *“Todo es nuestro, y el cielo también”*.

Este cuadro que damos de la cristiandad moderna, aunque no tenga aplicación a todos en general, representa la verdad para la mayoría de los cristianos de la era actual. Por este motivo juzgo ser cosa vana e inútil que se reúnan grandes porciones de creyentes con el propósito de que gasten largas horas a suplicar a Dios que les mande un reavivamiento. Mientras no deseemos sinceramente transformarnos, no debemos orar. Sólo habrá verdadero reavivamiento cuando personas de que oración reciban la visión y la fe que los induzcan la enmendar todo su contenido de vida, para que se ajusten al patrón del Nuevo Testamento.

CUANDO SE ORA ERRADAMENTE

Algunas veces se ora no sólo vanamente, pero también errado. Veamos el ejemplo: Israel fuera derrotado en Hai. *“Entonces Josué rompió sus vestidos, y se postró en tierra sobre su rostro delante del arca de Jehová hasta caer la tarde, él y los ancianos de Israel; y echaron polvo sobre sus cabezas. (Josué 7:6)*. De acuerdo con nuestra actual filosofía del reavivamiento, eso era lo que debía ser hecho y, una vez que eso se hiciera continuamente, es verdad que convencería a Dios y Él acabaría concediendo aquella bendición. *“Y Jehová dijo a Josué: Levántate; ¿por qué te postras así sobre tu rostro? Israel ha pecado, y aun han quebrantado mi pacto que yo les mandé; y también han tomado del anatema, y hasta han hurtado, han mentado, y aun lo han guardado entre sus enseres.*

Por esto los hijos de Israel no podrán hacer frente a sus enemigos, sino que delante de sus enemigos volverán la espalda, por cuanto han venido a ser anatema; ni estaré más con vosotros, si no destruyereis el anatema de en medio de vosotros. Levántate, santifica al pueblo, y di: Santifícaos para mañana; porque Jehová el Dios de Israel dice así: Anatema hay en medio de ti, Israel; no podrás hacer frente a tus enemigos, hasta que hayáis quitado el anatema de en medio de vosotros”. **(Josué 7:10-13)**.

Necesitamos de una reforma dentro de la Iglesia. Pedir que un diluvio de bendiciones caiga sobre una iglesia desobediente y decaída es desperdiciar tiempo y energías. Una nueva onda de interés religioso

sólo conseguirá añadir números a las iglesias que no proyectan someterse a la soberanía de Jesús y ni buscan obedecer los mandamientos de él. Dios no está interesado tanto en aumentar la frecuencia a las iglesias, sino en hacer con que tales personas enmienden sus caminos y comiencen a vivir santamente.

Cierta vez el Señor por la boca del profeta Isaías dijo palabras que aclaran este asunto de un golpe por todas: *¿Para qué me sirve, dice Jehová, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos.*

...Aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda.

Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.

Si quisierais y oyereis, comeréis el bien de la tierra". (Isaías 1:11-17,19.)

Las súplicas, pidiendo reavivamiento, sólo serán oídas cuando sean acompañados de una radical enmienda o reforma de vida; nunca antes. Reuniones de oración que atraviesan la noche pero no son precedidas de verdadero arrepentimiento sólo pueden disgustar Dios. *"El obedecer es mejor que los sacrificios."* (1 Samuel 15:22.) Urge que volvamos al cristianismo del Nuevo Testamento, no sólo en lo que respeta al credo sino también en la manera completa de vivir. Separación, obediencia, humildad, naturalidad, seriedad, autodominio, modestia, longanimidad: todo eso necesita ser nuevamente parte vivificante del concepto total del cristianismo y aparecer en el vivir cotidiano. Necesitamos purificar el templo, quitando de dentro de él a los mercenarios y los cambiadores, y que nos quedemos otra vez enteramente bajo la autoridad del Señor resucitado. Y esto que aquí ahora decimos se aplica a quien escribe estas líneas, así como cada uno de los que invocan el nombre de Jesús. De ahí, sí podremos orar en plena confianza, y aguardar el verdadero reavivamiento pues ciertamente vendrá.

CAPÍTULO II

¿Que es la Vida mas Profunda?

Supongamos que un ser angelical, que desde la creación conoce el profundo y sereno del habitar en la Presencia de Dios, apareciera en la tierra y viviera algún tiempo entre nosotros, los cristianos. ¿Halla usted, amado lector, que él se quedaría admirado ante lo que sus ojos pudieran ver?

Ciertamente se admiraría de ver, por ejemplo, como nos podemos contentar con ese nivel tan pobre y tan bajo de nuestra experiencia espiritual. Sí, porque a fin de cuentas tenemos en nuestras manos un mensaje, venido de Dios, no sólo invitándonos hacia su santa compañía sino dándonos también instrucciones detalladas para que consigamos esa bendición. ¿Después de deleitarnos con la bienaventuranza de esa intimidad con Dios, como podría tal persona comprender ese espíritu irregular y que se contenta con poco, es la característica de la mayor parte de los creyentes evangélicos de estos días? Y, si ese ser angelical conoció espíritus ardientes como Moisés, David, Isaías, Pablo, Juan, Esteban, Agustín, Rolle, Rutherford, Newton, Brainerd y Faber, lógicamente concluiría que los cristianos del siglo XX comprendieron apenas algunas doctrinas vitales del Credo Cristiano y se quedaron de este lado del verdadero conocimiento de Dios.

¿Que diríamos, si él se sentara con nosotros en las sesiones diarias de uno de nuestros comunes institutos bíblicos y notara las extravagantes discusiones que hacemos de nosotros mismos como creyentes en Cristo y las comparara con nuestras actuales experiencias religiosas? Concluiría por deducido que hay una seria contradicción entre aquello que nosotros pensamos que somos y aquello que somos en la realidad. La emprendida proclamación de que somos hijos de Dios, de que resucitamos con Cristo, de que con Él nos sentamos en los lugares celestiales, de que experimentamos la habitación del Espíritu de la vida, de que somos miembros del Cuerpo de Cristo e hijos de la nueva creación, está siendo desmentida por nuestras actitudes, por nuestra conducta, y, por encima de todo, por esa nueva falta de fervor y ausencia del espíritu de adoración.

Y, si tal visitante celestial llamara nuestra atención para la gran diferencia entre nuestras creencias doctrinales y nuestras vidas, sonriendo lo despacharíamos explicándole que esa es la diferencia normal entre nuestra posición segura y nuestro estado variable. De ahí, ciertamente él se quedaría boquiabierto al notar, lo triste que somos nosotros, creados a la imagen de Dios, nos permitamos tales juegos de palabras, jugueteando así con nuestras almas. ¿Y no es significativo el hecho de tales defensores de la posición evangélica, que hacen del Apóstol Pablo un grande líder, que sean tan poco paulinos en espíritu? Existe grande e importantísima diferencia entre el creyente paulino y la vida paulina. Algunos de nosotros por años, venimos con simpatía observando el escenario cristiano, nos sentimos constreñidos a parafrasear las palabras de la moribunda reina y exclamar: “Ó Saulo! Saulo! Cuántos males se hicieron en tu nombre!” decenas de miles de creyentes, que hasta se enorgullecen de interpretar muy bien las Cartas a los Romanos y a los Efesios, no consiguen esconder la escandalosa contradicción espiritual que existe entre sus corazones y el corazón del Apóstol Pablo.

Tal diferencia puede ser expresa en estas palabras: el Apóstol Paulo fue un investigador, y un achacador, y siempre un investigador. Tales cristianos son investigadores y achacadores, pero no continúan en investigar. Tan solo diciendo lo “acepto” Cristo, se inclinan a colocar la lógica en el lugar de la vida, y la doctrina en el lugar de la experiencia. Para ellos la verdad se hace un velo para esconder el rostro de Dios. Para el Apóstol Pablo era la puerta de entrada a la Presencia de Dios.

El espíritu de Pablo era el del ansioso explorador. Investigaba él las colinas de Dios, en búsqueda del oro del conocimiento o comunión personal y espiritual. Muchos hoy se hacen a la doctrina de Paulo, mucho aunque no lo sigan en su apasionada ansiedad en pro de la realidad divina. ¿Pueden tales individuos ser tenidos como paulinos, y no ser de nombre y título?

SI PABLO ESTUVIESE PREDICANDO HOY

Con estas palabras *"Para que pueda conocerlo"* el Apóstol Pablo respondió a los quejosos reclamos de la carne y corrió en búsqueda de la perfección. Todo logro contó como pérdida por la excelencia de lo conocimiento de Cristo Jesús, el Señor; y, si lo conocerlo mejor le significaba sufrimiento, y aún la muerte, esto no impedía el Apóstol de marchar hacia el frente. Para él el ser semejante Cristo era algo sin precio. Suspiraba por Dios como el ciervo suspira por las corrientes de aguas, y para él el mero raciocinio tenía poco que ver, comparado a la vida que sentía.

En verdad, buena serie de consejos y excusas podría ser presentada para aflojarle el paso, de eso hemos oído bastante. "Ahorre su salud" un amigo prudente le habría dicho. Y otro: "Usted corre el peligro de quedarse loco, o sufriendo de los nervios". Y un tercero diría: "Usted inmediatamente será apuntado como extremista"; y un profesor de Biblia, con más teología que sede espiritual, apresada si en decirle ya no hay nada en ser investigado. Y dice: "Usted ya fue acepto en el amado, y bendecido con todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo. ¿Que más quiere usted? Todo lo que usted tiene a hacer es creer, y esperar el día final de la victoria de él".

Entonces, el Apóstol Pablo necesitaría ser exhortado, si viviera con nosotros en nuestros días, pues así substancialmente, he visto que se disminuyen las aspiraciones de los santos, cuando ellos se mueven en vivir con Dios en un creciente grado de intimidad. Pero, conociendo a Pablo cómo lo encontramos en las páginas del Nuevo Testamento, es seguro presumir que él repudiaría tan bajo consejo de conveniencia o utilitarismo, y avanzaría hacia el blanco al premio de la suprema vocación de Dios en Cristo Jesús. Y bien haremos en seguirlo.

Cuando el Apóstol exclama: *"Para que pueda conocerlo"*, emplea el verbo conocer no en el sentido de intelecto y sí en su sentido de experiencia. Necesitamos comprender bien lo que él quiso referirse no a la mente y sí al corazón. El conocimiento teológico es conocimiento acerca de Dios. Si bien indispensable, no es suficiente. Tiene él una necesidad espiritual del hombre la misma relación que un pozo tiene para con la necesidad material de su físico. No es propiamente por aquel pozo cavado en la roca que suspira el viajero sudoroso y cubierto de polvo, y sí por el agua limpia y fresca que de él emana. Así, lo que sacia la antigua sed del corazón del hombre no es el conocimiento intelectual de Dios, y sí la Persona y la Presencia real del propio Dios. Y eso nos viene a nosotros por la doctrina cristiana, pero es mucho más que mera doctrina. El objetivo de la verdad cristiana es llevarnos a Dios y nunca substituir a Dios.

NUEVA ASPIRACION ENTRE LOS EVANGELICOS

En los últimos tiempos ha surgido dentro del corazón de un creciente número de creyentes evangélicos una nueva tendencia o aspiración que busca una experiencia espiritual por encima de lo común. No obstante, la mayoría aún se esquila a ese capricho ardiente y levanta objeciones que evidencian mala comprensión, o miedo, o declarada incredulidad. Entonces, se apunta hacia los pseudocristianos neuróticos, psicóticos, falsos adoradores, y para los fanáticos, confundiendo a todos en un solo grupo, sin la menor discriminación, como seguidores de la "vida más profunda". Siendo tal procedimiento un verdadero disparate, el hecho de existir tal confusión obliga a los que abogan esa vida llena del Espíritu a definir lo que realmente viene a ser "la vida más profunda" y explicar la posición que tomaron. ¿Que significa eso? ¿Que es que estamos proclamando?

En cuanto a mí, estoy en lo correcto de que estoy enseñando nada más que a Cristo crucificado. Para que yo acepte una enseñanza o aún enfatice esto o aquello, necesito estar persuadido de tratarse de una cosa que está radicada en las Escrituras Sagradas, y también totalmente en las enseñanzas

apostólicas, por su espíritu e índole. Y debe aún estar en entera armonía con lo que mejor existe en la historia de la Iglesia Cristiana y en la tradición, sostenida por las obras devocionales, por la más dulce y más radiosa himnología y por la más elevada de las experiencias reveladas en biografías cristianas.

Ella necesita también estar dentro de los límites del patrón de la verdad que nos dio almas santas como Bernardo de Clairvaux, Juan de la Cruz, Molinos, Nicolás de Cusa, Juan Fletcher, David Brainerd, Reginaldo Heber, Evan Roberts, el General Booth, y todo un ejército de almas semejantes que, aunque menos detalladas y menos conocidas, forman aquello a la que Pablo S. Rees (en otra relación) llama de "la semilla del reavivamiento". Esta cualificación es muy acertada, porque son estos cristianos extraordinarios que impedirán la cristiandad de entrar en colapso, arrancándola de los brazos de la condenable mediocridad espiritual en que vivía.

Hablar de la "vida más profunda" no es discurrir sobre algo más profundo que la sencilla religión del Nuevo Testamento. Mejor: es insistir a los creyentes para que exploren las profundidades del Evangelio de Cristo y recojan aquellos tesoros que ciertamente él mantiene, pero que ciertamente para nosotros aún no existen. Esa vida es "más profunda" solamente porque la vida cristiana media, o común, es trágicamente rasa y superficial. Todos cuantos hoy desean una vida más profunda la pueden ser comparados desfavorablemente con algunos cristianos como los apóstoles Pablo y Pedro. Si bien no hubieran conseguido gran adelanto, tenían sus rostros vueltos hacia la luz y nos hacen señales para que avancemos. Triste es verificar como podemos justificar nuestro rechazo en atender a la invitación que nos hacen.

Los seguidores de la vida más profunda nos dicen que debemos buscar un regocijo, en una íntima experiencia personal, esos elevados privilegios que son nuestros en Cristo Jesús, que debemos insistir en probar la adoración interior en espíritu y en verdad; para que alcancemos ese ideal, necesitamos, si necesario, ir además de esos nuestros hermanos que se contentan con menos, y enfrentar quizá tremenda oposición que nos sobrevendrá, El escritor de afamado libro devocional *The Cloud of Unknowing* (La Nube del Desconocido) abre su obra con una oración que expresa el espíritu de la enseñanza de esa vida más profunda. Dice entonces: "oh Dios, para quién todos los corazones están al descubierto. . . y para quién secreto alguno está encubierto, he ahí que te busco para que purifiques lo intento de mi corazón con el indescriptible don de tu gracia, para que yo te pueda amar de modo perfecto y Loarte dignamente. Amén."

¿Quién verdaderamente nació del Espíritu, la menos que esté perjudicado por una enseñanza errada, puede acaso hacer objeción a esa entera purificación del corazón que habilita a amar perfectamente Dios y a loarlo dignamente? Pues es exactamente eso es lo que deseamos afirmar y enseñar, cuando hablamos de esa experiencia de la "vida más profunda". Enseñamos que eso literalmente se cumple o se da dentro del corazón, y que eso no es cosa simplemente aceptada por la cabeza.

Nicéforo, uno de los padres de la Iglesia Oriental, en un pequeño tratado sobre la vida llena del Espíritu, hace inicialmente una invitación que nos parece extraño, solamente porque por mucho tiempo nos acostumbramos a continuación Cristo de lejos y nos acomodamos a vivir con gente que no lo sigue de cerca. "Vosotros, que deseáis tener para vosotros la maravillosa iluminación divina de nuestro Señor Jesucristo; que recogéis sentir el fuego divino en vuestros corazones: que os esforzáis por gozar y experimentar el sentimiento de reconciliación con Dios; que, ansiosos por desenterrar el tesoro escondido en el campo de vuestro corazón y por querer poseerlo, renunciasteis todos los bienes del mundo; que deseáis que las antorchas de vuestras almas se quemen y brillen siempre y siempre, y que, para tal fin, renunciasteis todo lo que hay en el mundo; que aspiráis, mediante experiencia consciente, conocer y recibir el Reino del Cielo que existe dentro de vosotros; venid y haré conocida la ciencia de la vida celestial y eterna."

Fácilmente podríamos citar otras palabras semejantes, a punto de que llenemos media docena de volúmenes. Esta sed de Dios jamás dejó de existir en cualquier generación. Siempre hubo individuos que condenaran los caminos inferiores y comodistas, e insistieron en la necesidad de sólo transitar las elevadas carreteras reales de la perfección espiritual. No obstante, es bueno notar que el

vocablo perfección nunca significó un punto espiritual terminal ni un estado de pureza que dispensara la oración y la vigilancia. Al contrario de esto es la verdad exacta.

OYENDO, PERO NO OBEDECIENDO

Los más notables cristianos confirman unánimemente que, mientras más cerca de Dios, más aguda y viva se hace la conciencia del pecado y el sentimiento de desvalía personal. Las almas más puras jamás conocieron cuan puras eran, y los grandes santos nunca supieron que eran grandes. El propio pensamiento de que eran buenos o grandes habría sido rechazado por ellos como tentación de Satanás. Se quedaron tan elevados y preocupados en contemplar el rostro de Dios que tuvieron muy poco tiempo para mirada hacia sí mismos. Se quedaron más que elevados en esa dulce paradoja de conciencia o conocimiento espiritual, por lo cual conocieron que estaban limpios mediante la sangre del Cordero, y por lo cual sintieron que merecían solamente la Muerte y el Infierno, por justo salario. Este sentimiento aparece muy nítido y fuerte en los escritos del Apóstol Pablo, e igualmente lo encontramos expresados en casi todos los libros devocionales, así como en los himnos sacros de mayor valía y más queridos.

La calidad o virtud de la cristiandad evangélica ha de mejorar mucho, si el desusado interés que hoy se nota por la religión no deje la Iglesia en peor estado que antes de haber aparecido el fenómeno. Si prestáramos atención, creo que oiremos al Señor decir a nosotros aquello que dijo cierta vez Josué: *“Mi siervo Moisés ha muerto; ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel”* **Josué 1:2**. U oiremos el escritor de la Carta a los Hebreos diciéndonos: *“Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección”* **Hebreos 6:1**. Y oiremos al Apóstol Pablo exhortarnos a que *“nos llenemos del Espíritu Santo”*. **Efesios 5:18**.

Si estuviéramos lo suficientemente despiertos para oír la voz de Dios, de modo alguno podemos contentarnos sólo con “el creer en eso”. ¿Como puede el hombre creer en una orden, o mandamiento? Los mandamientos se dan para que sean observados, obedecidos; y mientras no los pongamos en práctica, nada hemos hecho de positivo. Y además: oír los mandamientos y dejar de obedecerles es infinitamente peor que nunca haberlos oído, especialmente a la luz del inminente regreso de Cristo y Su juicio venidero.

CAPITULO III

¿Los Dones del Espíritu son también para Nosotros Hoy?

“Acerca de los dones espirituales, hermanos”, escribió el Apóstol Pablo a los cristianos de Corinto *“no quiero que seáis ignorantes.”* Con tales palabras ciertamente el Apóstol no quería decir nada negativo o deprimente. Al contrario, quería expresar un bondadoso interés por sus hermanos para que no estuvieran ni apenas informados ni errados acerca de una verdad tan importante como esa.

Es evidente que por algún tiempo nosotros los evangélicos, hemos dejado de evaluar debidamente las más profundas riquezas de la gracia que Dios separó para nosotros en Sus santos propósitos. En consecuencia de eso, hemos sufrido grandemente, y aún trágicamente. Uno de los grandes y bendecidos tesoros de que nos hemos privado es el derecho de poseer los dones del Espíritu, los cuales nos son ofrecidos con gloriosa plenitud y claridad en la dispensación del Nuevo Testamento. Pero, antes de que avancemos en este punto, quiero dejar claro que no cambié mi modo de pensar sobre el asunto. Lo que estoy aquí escribiendo viene siendo mi credo hay muchos años. Ninguna reciente experiencia espiritual ha alterado de cualquier modo mi fe. Simplemente conecto verdades que poseo anhelantemente durante todo mi ministerio público y que vengo predicando con inalterable consistencia donde y cuando siento que mis oyentes las pueden aceptar.

En lo que concierne a las actitudes tomadas para con los dones del Espíritu, los cristianos estos últimos años se han dividido en tres grupos diferentes, y que son: Primero, los de los que magnifican los dones del Espíritu a punto de ya no vislumbraren nada. Segundo, los que niegan que los dones del Espíritu fueran para la Iglesia en ese periodo de su historia. Tercero, los que parecen estar totalmente enfadados con tal asunto y ya no quieren gastar tiempo en discutirlo. Más recientemente tomamos conciencia de haber aún otro grupo, de número tan reducido que parece no merecer clasificación a la parte. Es lo de los que desean conocer la verdad sobre los dones del Espíritu y experimentar lo que Dios ha preparado para ellos dentro del contexto de la saludable fe neotestamentaria. Para estos es que escribimos estas líneas.

CUAL ES LA IGLESIA VERDADERA

Todo problema espiritual tiene raíz teológica. Su solución depende de la enseñanza de las Sagradas Escrituras y de la correcta comprensión de esa enseñanza. Esa correcta comprensión constituye una filosofía espiritual, es decir, un punto de vista, un terreno de gran ventaja de donde se puede divisar, todo el paisaje, surgiendo cada por menor en su relación propia para con los demás. Una vez alcanzado ese ventajoso terreno estamos aptos a evaluar cualquier enseñanza o interpretación que se nos ofrezca en nombre de la verdad. En la Iglesia la comprensión recta y exacta de los dones del Espíritu depende de una correcta concepción de la naturaleza de la Iglesia. El problema de los dones no puede ser aislado de la cuestión mayor, y ni resuelto por sí.

La verdadera Iglesia es un fenómeno espiritual que surge en la sociedad humana, y que hasta cierto grado se entre mezcla con ella, de ella sin embargo difiriendo bastante por ciertas características vitales. La Iglesia se compone de personas regeneradas que difieren de otras personas por el hecho de que viven una vida de calidad superior, que les fue infundida por ocasión de su renovación interior. Tales personas son hijos de Dios en un sentido bien diverso en que lo son los demás seres creados. El origen de ellos es divino, y la ciudadanía de ellos está en el cielo. Adoran Dios en el Espíritu, regocijan en Jesucristo y ya no confían más en la carne. Forman parte de una generación elegida, de un sacerdocio real, de una nación santa, y son un pueblo peculiar, o especial.

Presos a causa de un Hombre rechazado y crucificado que Se dijo Dios y que empeñó Su propia honra y palabra, diciendo que iría a preparar un lugar para ellos en la casa de Su Padre y que volvería para llevarlos para allá con sumo regocijo. Mientras aguardan tan maravillosos acontecimiento ellos van cargando la cruz de él, van sufriendo todas las indecencias y ofensas que los hombres tiran sobre ellos, a causa de Cristo, y en la tierra actúan como embajadores de él y hacen a todos los hombres el bien que pueden en nombre de él. Firmemente creen que participarán de su triunfo, y por esa razón, voluntaria y espontánea, toman también el rechazo de Cristo, de parte de una sociedad que no los comprende.

Y, por todo eso, no guardan ningún resentimiento, sino, al contrario, con profundo y sincero deseo, aman a sus opositores y de ellos se compadecen, queriendo que todos los hombres se arrepientan y se reconcilien con Dios. Este es un sereno resumen de un aspecto de la enseñanza neotestamentario sobre la Iglesia. Pero, otra verdad, aún más reveladora y significativa para todos cuantos buscan informarse mejor acerca de los dones del Espíritu, es esta de que la Iglesia es un cuerpo espiritual, una entidad orgánica unida por la vida que reside dentro de ella.

CADA MIEMBRO UNIDO AL OTRO

Cada miembro es reunido en total por una relación de vida. Así como se puede decir que el alma es la vida de su cuerpo, también la habitación del Espíritu es la vida de la Iglesia. La idea de que la Iglesia es el cuerpo de Cristo no es errada, pues resulta un énfasis bastante fuerte que se da a una mera figura de lenguaje que él no quería que se tomara muy literalmente. La enseñanza clara y enfática del gran Apóstol es este: Cristo es la cabeza de la Iglesia, siendo esta su cuerpo. Este paralelo aparece cuidadosamente presentado, y de manera continua, en largos tramos. Se quitan conclusiones de la doctrina, y se hace con que cierta conducta moral dependa de eso.

Como el hombre normal tiene un cuerpo con varios miembros obedientes, con una cabeza dirigiéndolos, así también es correcto que la verdadera Iglesia es un cuerpo, y los cristianos individualmente son miembros, y Cristo es la Cabeza. La mente, o espíritu, actúa por los miembros del cuerpo, usándolos para cumplir sus inteligentes propósitos. El Apóstol Pablo nos habla del pie, de la mano, del oído, y del ojo como siendo miembros del cuerpo, cada cual con su función propia, aunque limitada; pero es el Espíritu que en ellos opera (**1 Cor. 12:1-31**). La enseñanza de que la Iglesia es el cuerpo de Cristo encontrado en el capítulo **12** de la Primera Carta a los Corintios se sigue una lista de ciertos dones espirituales, y ahí se nos revela la necesidad de esos dones.

La cabeza inteligente sólo puede operar cuando da sus órdenes a los órganos preparados para varias tareas. Es la mente que ve, pero no puede ver sin los ojos. Es la mente que oye, pero no puede oír sin oídos. Y así acontece con todos los demás miembros que son instrumentos por intermedio de los cuáles la mente se mueve para el mundo exterior, con el propósito de llevar adelante los planes de la mente. Como toda actividad humana se ejecuta a través de la mente, así también la obra de la Iglesia se hace por el Espíritu, y solamente por Él. Pero, para operar, debe tener en el cuerpo ciertos miembros con habilidades específicas quedas, creados para actuar como medios por los cuáles el Espíritu puede circular para realizar los fines determinados. Esta es en pocas palabras la filosofía de los dones espirituales.

¿CUANTOS DONES HAY?

Se dice en general que existen nueve dones del Espíritu (Supongo esto, porque el Apóstol Pablo nos da una lista de nueve en **1 Cor. 12.**) Pero el Apóstol se refiere a nada menos de 17 (**1 Cor. 12:4-11, 27-31; Romanos 12:3-8; Ef. 4:7-11**). Y ahí no se trata de talentos naturales, y sí de dones concedidos o distribuidos por Espíritu Santo, con el objetivo de capacitar el creyente hacia su lugar, o puesto, en el cuerpo de Cristo. Los dones son, por lo tanto, como tubos de un gran órgano, permitiendo al organista un vasto alcance y amplitud a punto de producir música de la mejor calidad.

Pero, repito, tales dones son más que ingenios naturales. Son, en la verdad, dones espirituales, dones de Espíritu Santo.

Los dones o ingenios naturales capacitan el hombre a actuar dentro del campo de la naturaleza. Pero, por medio del cuerpo de Cristo, Dios está a realizar una obra eterna, muy superior del reinado de la naturaleza decaída. Eso requiere también una operación sobrenatural. El trabajo o la actividad religiosa pueden ser realizados por hombres naturales no dotados de los dones del Espíritu, y puede muy bien ser hecho, con rara habilidad. Pero toda obra destinada a la eternidad sólo puede ser realizada por el Espíritu eterno. Ninguna obra es eterna, si no fuera hecha por el Espíritu, mediante los dones que Él aún implantó en las almas de personas remidas.

Por toda una generación, ciertos maestros evangélicos nos han dicho que los dones del Espíritu cesaron después de la muerte de los apóstoles, o cuando se completo el Nuevo Testamento. Ciertamente esta doctrina no tiene a su favor siquiera una sílaba de autoridad bíblica. Los que defienden tal idea deben asumir entera responsabilidad por esa aberrativa manipulación de la Palabra de Dios. El resultado de esa errada enseñanza es este: entre nosotros, el número de personas con dones del Espíritu es siniestramente pequeño. Cuando tan desesperadamente necesitamos de líderes dotados, por ejemplo, de discernimiento, no los tenemos, y somos coaccionados valernos de las técnicas del mundo. Esta hora, tan asustada y angustiada, exige personas dotadas de visión profética. Bien al contrario, sólo tenemos hombres que presiden a informes, votaciones, y reuniones de discusiones explosivas y estériles.

Necesitamos de hombres que tengan el don del conocimiento. En vez de eso, tenemos muchos estudiados y preparados, doctores, sabelotodos y nada más. Así, podemos estar preparándonos para la trágica hora en que Dios pueda ponernos de lado como evangélicos de rótulo y suscitar otro movimiento para perpetuar el cristianismo del Nuevo Testamento, conservándolo vivo sobre la faz de la tierra. "Seremos hijos de Abraham. Dios puede de estas piedras levantar hijos de Abraham." En este asunto la verdad es esta: las Escrituras Sagradas de modo muy claro inculcan el deber de poseer los dones del Espíritu. El Apóstol Pablo nos exhorta a desear y aún a codiciar los dones espirituales (*1 Cor.12:31* y *1 Cor. 14:1*). Parece que no se trata de cuestión de elección para cada uno de nosotros, o materia facultativa, y sí un mandamiento escritural que todos buscan ser llenos del Espíritu

Hallo, sin embargo, que debo añadir una palabra de aviso. Los diferentes dones espirituales no tienen todos los mismos valores, como el Apóstol Pablo esclareció muy cuidadosamente. Ciertos hermanos han exaltado desproporcionalmente un don más que los otros dieciséis. Entre esos hermanos se cuentan muchas almas piadosas, pero en general los resultados morales de ese adoctrinamiento no han sido buenos. En la práctica, han redundado en condenable y vergonzoso exhibicionismo, tendiéndose a depender de experiencias en vez de depender de Cristo; y no pocas veces se hace ausente aquella capacidad de distinguir o separar las obras de la carne de las operaciones del Espíritu.

Entonces, aquellos que niegan que los dones del Espíritu sean para nosotros, los de hoy, y aquellos que insisten en tomar como su pasatiempo favorito uno de esos dones, yerran mucho; y todos nosotros estamos sufriendo las consecuencias de sus errores. Hoy no existe más motivo o salvedad para permanecer en la duda. Nos asiste todo el derecho de esperar que nuestro Señor conceda a la Su Iglesia los dones espirituales que Él de hecho jamás nos negó, pero que hemos dejado de recibir únicamente a causa de nuestro error o incredulidad. Es muy posible que Dios esté concediendo y distribuyendo los dones del Espíritu a quien Él puede conceder y en la medida en que Él puede aunque las condiciones por Él exigidas sean imperfectamente satisfechas. Si Dios actuara de otro modo, la antorcha de la verdad se apagaría y acabaría muriendo.

Sin embargo, debemos ver claramente lo que Dios hará por Su Iglesia, si todos nos postramos delante de él, con La Biblia abierta delante de nuestros ojos, y le decimos: "Señor, he aquí tu siervo! Sea hecho en mí aquello que Tú quieres."

CAPITULO IV

COMO SER LLENO DEL ESPÍRITU SANTO

Casi todos los cristianos quieren permanecer llenos del Espíritu Santo. Pero, pocos quieren ser llenados con el Espíritu. ¿Pero, como un cristiano puede conocer la plenitud del Espíritu, si aún no pasó por la experiencia de ser llenado con Él?

Es inútil decir o contar a alguien como llenarse del Espíritu, si ese alguien aún no admitió que eso se puede dar. Nadie espera una cosa o hecho de que no está convencido ser la voluntad de Dios para su vida, o que no se encuadre en las promesas, hechas por las Escrituras. Antes, pues, de haber cualquier valor a esta pregunta ¿Como puedo quedar lleno del Espíritu? aquel que busca a Dios debe estar correcto de que es realmente posible experimentarse el quedarse lleno del Espíritu. La persona que no tiene certeza de eso no tiene base alguna para esperar que tal se dé. Donde no hay esperanza, o expectación, o espera, no hay fe ninguna: y, donde no hay fe, la investigación o búsqueda es cosa inútil, sin significado.

La doctrina del Espíritu, y de su relación con el creyente en esta última mitad del siglo se quedó envuelta o toldada por una niebla semejante aquella que encubre la montaña en tiempo tempestuoso. En la verdad un mundo de confusión cercó y ocultó esta verdad a los hijos de Dios se enseñaron doctrinas contrarias extraídas de los mismos textos; fueron ellos avisados amenazados e intimidados hasta al punto de que instintivamente se hurtaran de hacer la menor referencia a la enseñanza bíblica sobre el Espíritu Santo. Y tal confusión no se dio por accidente, no. El enemigo es quien hizo eso. Satanás sabe muy bien que el cristianismo sin Espíritu Santo es cosa tan mortífera como el modernismo, como la herejía. Y todo él ha hecho y viene haciendo para impedir que entremos en la posesión y gozo de nuestra verdadera herencia cristiana.

Cualquier iglesia sin el Espíritu está desamparada y sin ayuda, como Israel se hallaría en el desierto, si de ellos se alejara la nube de fuego. Espíritu Santo es nuestra nube durante el día, y nuestro fuego durante la noche. Sin Él marcharemos por el desierto sin blanco, sin meta. Y eso es exactamente lo que estamos haciendo en nuestros días. Nos dividimos en grupos desparramados, cada cual caminando atrás de un débil fuego o de una luciérnaga, pensando estar siguiendo el Shekina (el arca de la presencia divina). Así, no se debe desear sólo que de nuevo se haga visible la columna de fuego. Eso es ahora cosa imperativa.

La Iglesia sólo tendrá luz cuando este llena del Espíritu, y estará llena solamente cuando los miembros que la componen sean llenados individualmente. Necesario es aún decir que nadie se llenará mientras no se convence de que llenarse forma parte del plan total de Dios para la redención; de que nada ahí es añadido, o extra, nada es extraño, o excéntrico, pues que se trata de una apropiada operación espiritual, hecha por Dios, basada en la obra expiatoria de Cristo, y de ella decurrente. El ansioso inquiridor debe estar bien seguro de eso, a punto de estar engréido de esa verdad. Necesita creer que todo eso es cosa normal y cierta. Necesita creer también que Dios quiere que él sea ungido con una porción de óleo fresco, en adición a todas las diez mil bendiciones que ya haya recibido de las dadivosas manos divinas.

Hasta llegar a convencerse bien de eso, recomiendo que separe tiempo para ayunar y orar y meditar en las Escrituras Sagradas. La fe viene de la Palabra de Dios. No basta la sugerencia, la

exhortación o el efecto psicológico del testimonio de otros que ya hayan sido llenados. Si la persona quedarse persuadida por las Escrituras, no forzará de ahí el asunto ni se dejará arrastrar por la emoción con que los manipuladores suelen representarlo. Dios es maravillosamente paciente y comprendedor, y esperará el movimiento vago del corazón por atrapar toda la verdad. En ese inter, el inquiridor debe estar tranquilo y confiado. En el tiempo correcto de Dios lo conducirá en la travesía del Jordan. Basta que no afloje en la carrera, ni se angustie, por querer avanzar muy deprisa. Muchos han actuado erradamente, y con eso han arruinado la vida cristiana.

Después del individuo se convence de que puede ser llenado con El Espíritu, debe desear esa bendición. Al inquiridor interesado suelo hacer estas preguntas: ¿Usted está seguro de que quiere ser poseído por un Espíritu que, siendo puro, gentil y sabio y amoroso, insistirá con usted por ser el Señor de su vida? ¿Está seguro de querer que su personalidad sea tomada por uno que exigirá obediencia a la Palabra escrita? ¿Está dispuesto a no tolerar en su vida ninguno de los pecados del ego: egocentrismo, indulgencia propia (la comodidad)? ¿Lo cual no le permitirá pavonearse ni exhibirse? ¿El cual tomará de sus manos su vida y reservará para Sí el soberano derecho de poner usted a prueba y disciplinarlo? ¿El cual lo privará de muchas de sus predilecciones que secretamente perjudican su alma?

Si usted no pudiera responder a estas preguntas con un sincero y nítido Sí, es claro que usted no está queriendo ser llenado. Usted puede estar queriendo emoción o la victoria, o el poder, pero no estará queriendo realmente ser llenado con El Espíritu. Su deseo es tal vez poco más que una débil voluntad y no es suficientemente puro para agradar Dios, lo cual exige todo o nada. Y otra vez pregunto: ¿Usted está seguro de que precisa ser llenado con El Espíritu? Cristianos, decenas de miles, tanto laicos como predicadores y misioneros, se esfuerzan por avanzar sin tener una clara experiencia de la plenitud del Espíritu. Así, tal obra o esfuerzo sin el Espíritu sólo puede acabar en tragedia el día de Cristo. ¿Y que cosa puedo decir de los cristianos comunes o mediocres parecen estar olvidados. Pero, a su respecto, lector amigo, que es lo que está aconteciendo?

Tal vez su inclinación doctrinaria esté llevándolo usted a no admitir esta crisis de plenitud del Espíritu. Muy bien; verifique, entonces, lo que esa inclinación le esta trayendo. ¿Que es lo que su vida está produciendo? Usted continúa a realizar la obra religiosa, predicando, viendo, dirigiendo reuniones, pero, ¿cual es la calidad de su trabajo? ¿Es verdad que usted recibió el Espíritu cuando se convirtió. Pero, es verdad que, sin una posterior unción, usted estará preparado para resistir a la tentación, obedecer a las Escrituras, comprender la verdad, vivir victoriosamente, morir en paz y salir al encuentro de Cristo sin constreñimiento el día de la venida de él?

Si, por otro lado, su alma suspira por Dios, por el Dios vivo, y su corazón seco y vacío se desespera, y ansía tener una vida cristiana normal sin una posterior unción, yo le pregunto: ¿Ese deseo suyo es enteramente absorbente? ¿Es él la cosa más importante de su vida? Impera él en todas las actividades religiosas comunes y tiene usted un vivo anhelo que sólo puede ser descrito como la angustia del deseo? Si su corazón dice Sí a estas preguntas, usted puede hallarse en el camino correcto que lleva a una revelación que transformará todo su vivir.

Es justamente en esa preparación para recibir la unción del Espíritu que falla en la mayoría de los cristianos. Probablemente nadie jamás se quedó lleno sin tener primero pasado por un periodo de honda perturbación de alma y de inquietud interior. Y, cuando nos vemos entrar en ese estado, la tentación es de que nos sintamos atemorizados, en pánico, nos retraigamos. Satanás nos exhorta la no asustemos, pues si eso logra, naufragaremos en la fe y deshonoraremos al Señor que nos compró. Por eso, Satanás no se interesa por nuestra mejoría espiritual, y mucho menos por promover la causa de nuestro Señor. El propósito de él es debilitarnos y dejarnos desarmados el día de la batalla. Y millones de creyentes aceptan sus mentiras como se fuesen verdades evangélicas, y vuelven hacia sus cavernas, como los profetas de Obadías, para que pasen a vivir a pan y agua.

Antes de tener lugar la plenitud, debe procesarse el vacío. Antes de que Dios nos llene con Su Persona urge que nos vaciemos de nosotros mismos. Y es ese vacío que trae un penoso y hasta desesperación del ego, del que se quejan muchas personas, justamente antes de pasar por esa nueva y

radiante experiencia. Debe tener lugar, entonces, una total devaluación del ego, la muerte de todas las cosas de fuera de nosotros y de dentro de nosotros, pues de lo contrario jamás se dará una real llenura del Espíritu Santo.

*El ídolo para mí sin par, más querido.
Sea él quien sea, cualquiera que haya sido,
ayúdame a quebrarlo frente al trono Tuyo,
Y adorar sólo a Ti, Señor de la tierra y cielo.*

Tranquilamente cantamos algunas estrofas, pero no a cantamos en el Espíritu de oración, por que rechazamos abandonar y quebrar el ídolo del cuál ahí se habla. Echar mano del último ídolo, el quebrarlo, significa que descendemos en un estado de íntima solicitud que no puede ser satisfecho por ninguna reunión evangélica, ni por ninguna comunión o compañerismo con otros cristianos. Por esta razón es que muchos cristianos se juzgan seguros y prefieren una vida de comodidades. Ellos tienen algo de Dios, no se niega, pero no lo tienen todo; y Dios tiene una parte de ellos pero no el todo. Y así van ellos viviendo una vida de fácil, intentando esconder atrás de fabricadas sonrisas, y de pequeños y animados coros, la triste escasez espiritual de sus vidas.

Una cosa resalta con claridad cristalina: no es nada loable la caminata del alma por la negra noche de dentro. El sufrimiento y la soledad no hacen al hombre más querido a los ojos de Dios. Nada podemos comprar de Dios. Todo nos viene por medio de Su benignidad, en base a la sangre de Cristo redimido, y es don gratuito sin cualesquier condiciones o restricciones. Lo que la agonía del alma hace es arar la tierra sin cultura, y vaciar el vaso, y apartar el corazón de los intereses mundanos y enfocar la atención en Dios.

Todo cuánto sucede antes es en el sentido de preparar el alma para el divino acto de llenar. Y el llenar no es en sí una cosa complicada. Mientras me esquivo de fórmulas que dictan procedimiento en el sector espiritual, juzgo que la respuesta a la pregunta: “Como puedo quedarme lleno del Espíritu” — debe ser expresa en cuatro palabras, todas ellas verbos en la voz activa. Son: (1) rendir, o renunciar; (2) pedir; (3) obedecer; (4) creer. Rendir: “Os ruego, pues, hermanos, por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable Dios, que es vuestro culto racional. Y no os conforméis con este siglo, sino transformaos por la renovación de vuestra mente, para que experimentéis cual sea la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios.” (**Romanos 12:1-2.**)

Pedir: “Ora, si vosotros, que sois malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, mientras más el Padre celestial dará Espíritu Santo a aquellos que lo que pidan?” (**Lucas 11:13.**) Obedecer: “Ora, nosotros somos testigos de estos hechos y bien así el Espíritu Santo, que Dios otorgo a los que le obedecen” (**Hechos 5:32.**) Para recibir la unción del Espíritu es absolutamente indispensable una completa obediencia a la voluntad de Dios. Mientras esperamos delante de Dios. Debemos reverentemente examinar las Escrituras y atender la voz de la gentil quietud, para realizar aquello que el Padre celestial espera de nosotros. Entonces, confiando en que Él nos capacitará, obedeceremos con lo mejor de nuestra habilidad y comprensión. Creer: “Quiero sólo saber esto de vosotros: recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por la predicación de la fe?” (**Gálatas 3:2.**)

Sabiendo que la llenura del Espíritu se recibe por la fe, y solamente por la fe, conviene que nos defendamos de esa imitación de la fe que no pasa de un asentamiento mental a la verdad. Esa imitación de la fe, o pseudo fe, ha sido la fuente de grande confusión para multitudes de almas inquiridoras. La verdadera fe invariablemente trae el testimonio. ¿Pero, que testimonio es ese? No es nada físico, vocal ni psíquico. El Espíritu nunca pacta con la carne. El único testimonio que Él da es de naturaleza subjetiva, sólo conocido por el propio individuo. El Espíritu Se anuncia o Se presenta en el más profundo del espíritu humano. La carne nada aprovecha, pero el corazón creyente conoce y sabe. Santo, Santo, Santo.

Ahora, una última cosa: ni en el Antiguo Testamento ni en el Nuevo, ni en el testimonio cristiano, como lo hemos registrado en los escritos de los santos, cuanto yo sepa, jamás algún

creyente se quedó lleno de Espíritu Santo sin saber que eso se dio en su vida. Ni se quedó alguien lleno del Espíritu que no supiera cuando eso se dio. Y Jamás alguien fue llenado gradualmente. Por detrás de esos tres árboles muchas almas de corazón dividido han recogido esconderse como Adán se ocultó de la presencia del Señor; pero tales cosas no bastaban para que los escondan. El hombre que no sabe cuando fue llenado con el Espíritu realmente nunca lo fue (aunque sea posible olvidar la fecha). Y la persona que espera ser llenada gradualmente nunca se llenará de cualquier manera.

En mi humilde opinión, creo que la relación del Espíritu para con el creyente es el problema más vital que la Iglesia enfrenta hoy. Las cuestiones suscitadas por el existencialismo cristiano o por la nueva ortodoxia nada representan, cuando son comparadas con este problema más que serio. El ecumenismo, las teorías escatológicas nada de eso merece consideración, por lo menos en cuanto a que cada creyente no de respuesta afirmativa a esta pregunta: *“Recibisteis el Espíritu cuando creísteis?”* Puede muy bien acontecer que, una vez llenos con el Espíritu, sentiremos, con sumo regocijo, que esa plenitud del Espíritu resolvió para nosotros todos los demás problemas.

EL CAMINO DEL PODER ESPIRITUAL

Nosotros, los cristianos, hacemos extravagantes discusiones sobre nosotros mismos como creyentes en Cristo, pero nuestras experiencias religiosas son muy diferentes. Es grande la contradicción entre nuestras vidas y nuestras creencias doctrinales. Muchos cristianos se juzgan seguros y prefieren una vida de comodidades. Ellos tienen algo de Dios, no hay que negar, pero no tienen todo. Y Dios tiene parte de ellos, pero no todo. Y así van ellos viviendo una vida normal, intentando esconder atrás de sonrisas forzadas la triste escasez espiritual de sus vidas.

En los últimos tiempos viene surgiendo en el corazón de un número cada vez mayor de creyentes, una nueva aspiración. Ellos buscan una experiencia espiritual para que la presencia de Dios se haga más destacada. Desean conocer la verdad sobre el poder del Espíritu Santo en sus vidas, y experimentar lo que Dios ha preparado para ellos dentro del contexto de la saludable fe neotestamentaria. Esta relación del Espíritu con los creyentes es el problema vital que la iglesia enfrenta hoy. Para esas personas que están buscando el poder de Dios en su vida, es que este libro fue escrito.